

COMENTARIOS

APORTACION OSCENSE A LA COLONIZACION DE INDIAS

DESDE el descubrimiento de América por Cristóbal Colón, hasta el año 1600, habían pasado a América 200.000 españoles, según hemos leído en un documentado trabajo de Peter Bowman, publicado en «Mundo Hispánico», acerca de la influencia de los dialectos españoles sobre los hispanoamericanos. Bowman estudia la procedencia regional de los primeros colonizadores y saca la consecuencia de que de cada cinco, uno era andaluz, y de cada tres, uno era sevillano.

El autor ilustra el trabajo con un curioso gráfico sobre la contribución por regiones a la colonización de América, y con dos mapas, sobre la aportación por ciudades y provincias, y en ellos vemos que Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia, Murcia y Granada, sólo aportaron, entre 1493 y 1519, todas juntas, no más de treinta personas, mientras la provincia de Sevilla envió en aquel tiempo, más de 500; Badajoz y Huelva, más de 400; Cáceres y Salamanca, más de 250; Burgos, Valladolid y Toledo, más de 200; Santander, Palencia, Zamora, Segovia, Cádiz, Jaén y Madrid, más de 80; y en menor proporción, hasta 50 personas, León, Logroño, Soria, Guadalajara, Guipúzcoa y Ciudad Real.

¿A qué es debido, que de las regiones del Nordeste y Levante español, apenas fueron hombres a la colonización de América? Creemos nosotros que se debe, en primer término, a que las gentes de estas regiones gozaban entonces de mejor situación económica. Sus tierras son más feraces y podían fácilmente cubrir sus necesidades, mientras que las otras regiones, especialmente las del Centro y Sur, por la pobreza de su suelo y otras causas sociales, las condiciones de vida eran precarias, y esta situación impedía a sus habitantes lanzarse a las aventuras ultramarinas; que Sevilla figure con el mayor contingente no es extraño, ya que la capital andaluza—que era el puerto de embarque y además habíase establecido en ella la Casa de contratación, para el comercio de

ultramar—afluían gentes de toda España y aun portugueses, italianos y franceses. En Sevilla se encontraban mercaderes, banqueros, marineros, artesanos y exportadores procedentes de todas partes y la mayoría de ellos, cuando marchaban a América, figuraban en las listas de embarque como vecinos de Sevilla.

Debemos considerar, en segundo término, que el tráfico activo que sostenían los puertos de Levante, especialmente el de Barcelona, con los otros puertos del Mediterráneo, atraían a muchas personas de las tierras limítrofes del interior, además de que la política mediterránea seguida por los estados de la Corona de Aragón desde la edad media, con sus posesiones de Nápoles, Sicilia y algunas islas, dio motivo para que se realizaran muchas expediciones guerreras, en las que andaban mezclados aragoneses, catalanes, valencianos y navarros. Todos ellos estaban habituados a esta clase de aventuras, y por eso no es ilógico suponer que cuando se iniciaron las expediciones para la colonización del Nuevo Mundo, no les atraía ese nuevo escenario para sus hazañas.

Quizás parezcan paradójicas estas suposiciones, si consideramos que el rey aragonés Fernando el Católico fue el propulsor, con su esposa doña Isabel, del descubrimiento de América por Cristóbal Colón; que el racionero de la Corona de Aragón, Santángel, anticipó los dineros para llevar a cabo la expedición colombina y que personajes notables de la corte aragonesa, como Coloma y Gabriel Sánchez, protegieron a Colón cuando expuso sus proyectos a los reyes católicos y cuando firmó después con éstos las capitulaciones de Santa Fe. Pero hay que tener en cuenta, además, que todos estos acontecimientos tenían lugar en comarcas alejadas de Aragón, al que en aquellos tiempos llegarían tardíamente y de manera vaga las noticias de lo que se preparaba.

Todas estas circunstancias fueron sin duda la causa de que en los estados de la Corona de Aragón no sintieran las gentes curiosidad o interés por la empresa del descubrimiento y que en los primeros años de la colonización de América no se alistaran en las expediciones que partían para aquellas tierras, como lo hicieron los naturales de las regiones del Centro y Sur de España, más informados de cuanto acontecía al otro lado del Océano y más en contacto con los lugares de recluta y de embarque de los expedicionarios y de los organizadores de éstos.

Siempre que hemos leído libros o artículos sobre la colonización de las Indias, hemos sentido curiosidad por encontrar entre los colonizadores nombres aragoneses, y con gran extrañeza nuestra, hemos visto muy pocos. Cuando el que fue director del Archivo de Indias, de Sevilla, don Cristóbal Bermúdez Plata, comenzó a publicar, por medio del Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo», del C. S. I. C., el *Catálogo de pasajeros a Indias*, sentimos análoga curiosidad y hemos tenido la paciencia

de repasar minuciosamente los tres tomos editados hasta ahora, que alcanzan a más de la mitad del siglo xvi y también han sido escasos los nombres que hemos visto de procedencia aragonesa. Algún criado o criada, al servicio de alguna familia que embarcaba para América, y pocos más.

Por lo que se refiere a la provincia de Huesca, en el referido *Catálogo* saltaron a nuestra vista los siguientes nombres de viajeros oscenses, algunos de los cuales es posible que cuenten todavía con algún descendiente en nuestra región:

Diego de Heredia y Antonio de Heredia, hijos de Antonio de Heredia y Catalina de Valmar, vecinos de Huesca. Marcharon a Cartagena de Indias con Juan de Junco el 16 de marzo de 1535.

Pedro Manrique, hijo de Domingo Manrique y de Elvira Martínez, natural de Huesca. Partió para Cartagena de Indias el día 16 de marzo del mismo año.

Francisco Bravo, hijo de Francisco Muñoz y de María Bravo, natural de Huesca. Marchó a Cartagena de Indias el mismo día 16 de marzo de 1535.

La coincidencia de que los tres anteriormene citados partieran para ultramar el mismo día 16 de marzo de aquel año hace suponer que marcharían con el apoyo o con la influencia de un mismo personaje y formarían parte del mismo grupo porque se conocerían y con el fin de auxiliarse mutuamente en tierra extraña.

En 1538 encontramos a Galcerán Ferrer, hijo de Francisco Ferrer y de Isabel Ochoa, vecino de Huesca, que partió el 8 de octubre de aquel año, formando parte de la armada de don Pedro Alvarado.

En el año 1554 vemos que salió para el Perú (no consta ni el día ni el mes) don Tomás Bendicho, magnífico infanzón, natural de la villa de Tamarite de Litera, hijo de Miguel Bendicho y de Juana Medina.

A continuación y en el mismo año, figura en el *Catálogo* Juan Bendicho, de Villaoeste (?) (Aragón), sastre, hijo de Juana de Bendicho. Este debía de ser hermano o pariente del anterior, y aunque tampoco consta la fecha de su partida con dirección al Perú, es de suponer que irían juntos.

En el año 1555 encontramos a Jácome Cernescado, vecino y natural de Huesca, hijo de Magno Cernescado y de María Ruiz. No consta el mes y el día en que partió para Cartagena de Indias.

Y por último, vemos anotado en el tomo III de dicha publicación, que comprende desde el año 1554 al 1575, a Esteban de Burgacel, natural de Monzón de Aragón, hijo de Juan de Burgacel y de Magdalena de Ribas, que embarcó para Nueva España, como criado del licenciado Vasco de Puga, el 15 de marzo de 1559.

A partir del siglo xvii, la corriente emigratoria hacia las colonias españolas de América se generalizó en toda la Península y por eso tenemos la esperanza de que cuando se editen nuevos tomos del *Catálogo de pasajeros a Indias*, encontraremos más abundancia de nombres aragoneses y, entre ellos, oscenses, y si el número lo requiere, publicaremos, Dios mediante, la lista de todos ellos.

Como complemento de este trabajo, nos permitimos añadir, porque creemos será de interés para los lectores, unos cuantos nombres de dominicos, hijos de la provincia de Huesca, cuyas virtudes y extraordinaria fe apostólica fue comentada recientemente por el padre fray José Quílez, en una conferencia que pronunció en el acto misional organizado por el Instituto Cultural Hispánico de Aragón. Entre otros misioneros aragoneses, que en el siglo xvii ejercieron su apostolado en las colonias españolas, citó los siguientes, hijos de la provincia de Huesca:

Padre Juan de Naya, de Alquézar, hijo del convento de Calatayud, fue a Filipinas a petición suya. Durante el viaje, fue apresado y herido por unos piratas, salvándose milagrosamente. Evangelizó gran parte de la provincia de Cagayan. El 27 de enero de 1620, moría en el mar, cuando iba a tomar posesión de la vicaría de San Jacinto de Napi y murió abrazado al crucifijo.

Padre Jaime Mimbela, de Fraga, hijo del convento de predicadores de Zaragoza. A los 28 años partió para Filipinas, desde donde se trasladó a tierras americanas, como visitador general de El Perú. Su meritísima y eficaz labor como organizador de misiones rurales, llamó la atención del rey de España, quien le presentó para la diócesis de Santa Cruz de la Sierra, en Argentina, donde realizó una gran labor, y después marchó a Trujillo (Colombia). Fue una gran figura del episcopado español del siglo xvii.

Padre Francisco Pallás, natural de Benabarre. Salió para Filipinas con un grupo de cuarenta religiosos a últimos de noviembre de 1735. Allí fue destinado a la nueva misión de Diffun. En 1747 se le nombró provincial de aquella importante provincia misionera y después pasó a la Universidad de Santo Tomás de Manila, regentada por los padres dominicos, y después fue consagrado vicario apostólico de Fo-Kieu (China), donde murió en 1778.

Padre Damián Casaus Torres y las Plazas, nacido en Huesca en 1764. Terminados sus estudios eclesiásticos, pasó a América, siendo destinado a Méjico. Allí destacó por su celo apostólico. Fue catedrático de Teología en la Universidad Pontificia de Méjico y calificador del Santo Oficio. Su celo misional y las obras que escribió fueron muy conocidas por todo América.

Padre Lorenzo Fondevila, de Graus, marchó a Filipinas, a la provincia de Nueva Vizcaya y su labor evangélica fue muy fructuosa, logrando muchas conversiones entre los igirrotos.

En aquel mismo acto misional, de «exaltación al misionero aragonés», en tierras de la Hispanidad, el P. Hilario Marín, S. J., pronunció también una conferencia sobre la vida y obra del P. Alejandro López Sanz, S. J., nacido en Jaca, el cual, a los 18 años, se trasladó a Méjico y más tarde a Filipinas, para dedicarse a los negocios, abrazando después la carrera eclesiástica y al poco tiempo ingresó en la Compañía de Jesús. Sus grandes cualidades morales e intelectuales y su trabajo infatigable lograron obtener óptimos frutos en la evangelización de filipinos y chinos, que en gran número residían en los suburbios de Madrid. Aquí realizó una gran obra misional entre los años 1638 a 1651.

Su gran celo apostólico llevóle después a evangelizar a los moros de Joló y Mindanao, para cuya labor encontró gran ayuda en su dominio de varias lenguas de aquel archipiélago y bajo su influjo fueron muchos los paganos que volvieron sus ojos a la religión de Cristo, hasta el punto que los sultanes de aquellas islas se convirtieron en sus más encarnizados enemigos, hasta que el sultán Cadul Garralat le hizo asesinar en 1651.

En el año 1659 se inició el proceso para su glorificación como mártir de Cristo, y la ciudad de Jaca celebró a principios del año 1956 el IV centenario de la gloriosa muerte de su preclaro hijo, émulo de San Francisco Javier.

Indudablemente, otras órdenes religiosas contarán entre sus heroicos misioneros en tierras de la Hispanidad hijos ilustres de la provincia de Huesca, que ejercerían también una magnífica labor de apostolado en aquellas regiones, quizás algunos con el sacrificio de su vida, en aras de la propagación de la fe.

Y por último, ya que de exaltar a aragoneses tratamos, y especialmente oscenses, que hicieron honor a su tierra en las colonias españolas, creemos de interés hacer figurar en este trabajo a un hijo de Estadilla, cuyo nombre es Antonio Solanilla, que el año 1778 partió para la Argentina, instalándose en Mendoza. Su amor a la tierra y su devoción a la patrona de su villa le movieron a llevar consigo una imagen de nuestra señora de la Carrodilla, cuya devoción difundió bien pronto por toda la comarca y sus habitantes la proclamaron patrona de los viñedos, que constituyen la principal riqueza de aquella región. Fue construída una capilla en honor a la patrona de Estadilla y de la comarca de Mendoza, y en ella destaca, según datos que poseemos, un Cristo crucificado, construído de madera de quebracho por los indios huarpes. Cuando fue declarada la Virgen de la Carrodilla patrona de los viñedos

mendocinos, celebráronse grandes fiestas, y el obispo de Mendoza asistió a ellos y procedió a la coronación de la imagen y pronunció un elocuente sermón, en el que exaltó la labor civilizadora y cristiana de España en tierras de América. También pronunciaron discursos, con dicho motivo, el gobernador del estado y el alcalde de la ciudad, que se sumaron al solemne acto, así como todo el pueblo de Mendoza. Copiamos todos estos datos de nuestro archivo, y como ignorábamos el nombre del ilustre hijo de Estadilla, que llevó la devoción de la Virgen de la Carrodilla a aquellas tierras argentinas, nos fue facilitada amablemente esta información por el celoso cura párroco de la villa, mosen Miguel Urrea, a quien solicitamos en su día dicho detalle.

VICTORIANO NAVARRO